

Verano

Para la ascensión de mis ojos,
déjame apenas
la violencia solar.

Mi fe se llama
azulamiento atroz que canta:
ciclos que ciñen
la sumisa tierra de oro.

La sombra velocísima del fruto
que sostengo quebrándome
me alimenta de pájaros.

Para el prestigio de mi destrucción
déjame apenas
los alcoholes frenéticos del aire.

Por mi sangre descenden
a su único sueño,
reunido, fervoroso, que se tumba
y muere.

Suben entonces mis niños ágiles,
destruyendo, a tu vientre.

Mucho más lejos, una vibración entre dos saltos,
—esta lejanía es todo mi pecado—
la ulterior población dulcemente desnuda
danza en la luz.

Raíz

Ni el aguaribay de sensible verde,
ni la cálida idea de la fraternidad,
ni las estrellas del alcohol
que encienden las estrellas,
ni el lujoso perfume
que arrecia en la derrota
del que se afanó en lo real,
soñó, lució, naufragó,
se afanó en lo real,
ni el número posible
que desnude el mundo
son Tú, tu verdad
de semilla durísima que liga
a esta tierra de sangre,
niebla, sueño,
mi mano...
Oh, tú, rostro del alba,
más allá del alba.

Alcohol

Pétalos que huyen en el fuego
es la más pura construcción de la noche.
Su sistema progresa en una dolorosa combustión de silencio.
Es lo que va pasando a través de mi cuerpo,
ardiendo lo que me deja solo,
la mano ávida extendida, desdeñada en la sombra,
vibrando entre máquinas consagradas y motivos solemnes.

Sin embargo, los ojos que prevén la razón de este exilio,
la ira que pasa y retorna, pasa y retorna
vadeando el castigo y es la más pura
construcción de la noche
estallando en la mano extendida como un conocimiento,
los ojos ávidos de la ira,
su punzante síntesis vadeando el castigo,
urden la irremediable destrucción de la noche,
la absoluta extinción de las tumbas vigentes
de tierra inútil
y conciertan las sangres laterales
en la patria de leche endurecida
y el mero sol y un canto.

Los teléfonos definitivos propagan la leyenda.

Adiós en noviembre

a A.F. in memoriam

En otro espacio convoco tu rostro.

No ya en el cálido verdor de otro noviembre
en que unidos bebimos la dulce
fugacidad de lo real.

Ni en el designio feliz de las miradas
que creaban la noche como un sueño
certero y hondo de materia encendida.

Ni en esa grieta
sutil de duelo
que creciendo quebró el orden del tiempo.

Ni siquiera en la lágrima.

Hoy convoco tu rostro en otro espacio.
En la muerte precisa de la palabra.
En su humillación y en su horror.

Guárdame en tu mano
—para siempre lejana—
el esplendor tenaz de esta ceniza.

La puerta estrecha

Limbo de pulcritud, parábola rosada,
tu cuerpo perfumado se eleva sobre el mar,
bestia tiesa.

Mientras galopo ardiendo por la tierra
—diviso ya la última muralla—
promueves las horas del amor, sus lindos dientecillos,
la felicidad por el nylon.

Nada regresará. Los buenos, ni a su pálido infierno.
Los legítimos hijos de mis padres,
sus cuerpos perfumados flotando sobre el mar,
jamás verán la última muralla.

Humo, sueño, pasaje. No fragües las delicias
que pertenecen a otro fuego;
alba labrada en el boudoir,
mírame ahora recomenzar sobre los puentes
las manos con las manos en las rutas del agua.
Mírame,
barro profundo, látigo que marca
el horizonte, parto.

Mi corazón se hunde en el tiempo.